

## **TEXTOS TEMA 5: LAS GUERRAS DE BADAJOZ**

### **O Comendador Rui Nabeiro, rey del café**

En la semana del 10 al 14 de marzo del año 2008, la Radio Suisse Romande (RSR: emisora pública de la Suiza francófona) emitió en su primer canal cinco programas de una hora dedicados a 'La Raya: la frontera más antigua de Europa'. El 11 de marzo, se escuchó un reportaje sobre Campo Mayor realizado por François Musseau, corresponsal en Madrid del periódico francés Liberation y de la RSR. Varios vecinos del pueblo hablaban de la familia Nabeiro con extremo respeto y se contaba la historia del clan. Tras el reportaje, Cyril Dépraz, el locutor de la RSR, me preguntó: «¿Es-ce que les Nabeiro sont une mafia?».

La respuesta la dan los propios vecinos de Campo Mayor: «No, los respetamos mucho y nadie habla mal de ellos, pero los Nabeiro no son una mafia. Es, simplemente, O Senhor Rui, como un padre». El propio patriarca del clan, Rui Nabeiro, lo aclara en su biografía autorizada («O homem. Uma obra», de Tereza Castro): «Soy un padrino, sí, de mis ahijados». Los veteranos empleados de sus fábricas lo llaman 'Patrão Rui'.

Esta la historia de Rui Nabeiro, padre, padrino y patrón de un pueblo, Campo Mayor, situado a un paso de Badajoz, donde no hay paro, no hay huelgas y hay más coches que en ninguna otra localidad de la provincia de Portalegre. Un pueblo donde un tercio de la población trabaja para las empresas fundadas por Rui Nabeiro y donde existen siete empresas cafeteras que convierten Campo Mayor en la capital europea del café con marcas tan representativas como Cubana, Delta o Camelo. Además de las industrias cafeteras, la familia Nabeiro, donde João Manuel, el hijo, cada vez tiene más protagonismo, posee empresas de aceite, vino, hostelería, distribución, toldos, supermercados, inmobiliaria, automóviles, combustibles... Así hasta 23.

El sumo hacedor de este emporio nació en 1931 en el seno de una humilde familia de agricultores de Campo Mayor. En 1944, con 13 años, su tío Joaquín lo llama para que lo ayude en un tostadero de café, que vendía de contrabando a España. Pronto, su tío se une con su padre y su otro tío, Vitorino Silveira, para montar una pequeña empresa torrefactora.

En esos años de la posguerra española, a lo largo de la frontera se establecían diversos tostaderos de café: El Barco y La Estrella en Elvas, El Toro y La Guapa en A Rabassa, cerca de La Codosera, uno más en Portalegre y el más popular: Camelo, en Campo Mayor, fundado por Rui Nabeiro con sus tíos tras la muerte de su padre, en 1948, a quien sucede con solo 17 años.

Pero Rui se siente limitado por los condicionamientos de la pequeña sociedad familiar. Se independiza y funda su propia sociedad en 1961, creando la marca Delta, que en pocos meses se distribuye por todo Portugal y Extremadura. En 1984, inicia la construcción de la mayor fábrica torrefactora de café de la Península Ibérica y en el año 2002 dominaba el mercado portugués del café, el 48% del mercado en Extremadura, tenía una cuota del 80% del mercado de la restauración en la ciudad de Badajoz y una presencia destacable en Cáceres, Málaga, Valencia y Madrid.

¿Qué papel desempeñaron en el despegue de los Nabeiro las redes de contrabando de café entre los años 40 y 70 del pasado siglo? Sin duda, muy importante. Así lo recogen investigadores como Eusebio Medina García, profesor de la Universidad de Extremadura, en su libro «Contrabando en la Raya de Portugal» y así se constata

hablando con los vecinos de Campo Mayor.

Al poco de publicar su libro, Eusebio Medina nos detallaba la situación en aquellos años: «El emporio del café de Campo Mayor utilizaba las estructuras del contrabando tradicional de las cuadrillas de mochileros para introducir el café en España. Se han hecho fortunas con el café, hay gente muy importante, muy famosa, muy rica... Digamos que el primer empuje lo tuvieron con el comercio lícito e ilícito del café. Desde Campo Mayor venían andando a Cáceres. Pocos mochileros se hicieron ricos, aunque con dos cargas ganaban lo que un guardia en un mes».

Nos acercamos a Ouguela, una bellísima aldea amurallada situada a ocho kilómetros al norte de Campo Mayor y a cinco de España. En Ouguela, hoy, viven señoras mayores que a mediodía escuchan a toda pastilla una emisora religiosa donde hablan del Papa Francisco. Hace 600 años, quienes andaban por aquí eran delincuentes perdonados por el rey de Portugal siempre que se vinieran a vivir a esta villa fortaleza que defendía la frontera de los españoles.

Ouguela queda a un paso de Alburquerque por una carretera transfronteriza que cruza la Raya Seca y soporta muy poco tráfico. Está a cinco minutos de Campo Mayor y es una visita obligada para los amantes de la historia, de los castillos, de los paisajes, de la fotografía, de la tranquilidad, de la frontera, de las leyendas...

Ouguela es un precioso pueblo metido en un castillo medieval, levantado por el rey don Dinís, uno de los más poderosos de la historia de Portugal, y protegido por una posterior muralla, construida en el siglo XV por el rey Don Juan I, el mismo que concedió a la villa el privilegio de ser “coutho de homiziados” o espacio franco para determinados delincuentes.

Para rematar su poderío fronterizo, el rey Juan IV, durante la guerra de independencia de Castilla, dotó a Ouguela de unos baluartes y un sistema defensivo de puertas esquinadas que acabaron de convertirla en pieza fundamental del entramado defensivo portugués. Y ahí comenzaron las hazañas bélicas legendarias, que han convertido Ouguela en un símbolo del heroísmo portugués frente al enemigo de siempre, es decir, España, al igual que nosotros hemos fraguado nuestras leyendas épicas frente al vecino francés.

Para entender la importancia de Ouguela en el imaginario colectivo y legendario portugués, hay que decir que de aquí es y aquí demostró su valor la Agustina de Aragón del país vecino, aunque en este caso se llamaría Isabel del Alentejo (su nombre real era Isabel Pereira). Todo comenzó la noche del 9 de abril del año 1644. Una fuerza de 1.000 caballeros y 1.500 infantes españoles llegados desde Badajoz había invadido el Alentejo al mando del marqués de Torrecusa.

Entre las plazas a conquistar para someter la región, destacaba Ouguela con sus flamantes baluartes recién levantados. Para guiar a los españoles en el ataque, se ofreció un traidor portugués llamado João Rodrigues de Oliveira, que a cambio de pasarse a los españoles, había recibido el cargo de gobernador de Villar del Rey.

Como ven, esta historia tiene los ingredientes fundamentales para levantar el ánimo de un país: un traidor malvado, una heroína del pueblo y, naturalmente, un final feliz. Porque resultó que, mientras Rodrigues el Traicionero marchaba sobre la plaza al frente de 1.200 soldados escogidos de entre la tropa de Villaescusa, cuatro soldados portugueses, que andaban robando ganado por la noche para alimentar a sus correligionarios, se percataron del movimiento de infantes y caballeros y se mezclaron con la retaguardia de la columna, a sabiendas de que de noche todos los gatos son pardos.

En cuanto se enteraron de los planes del ataque, salieron corriendo hacia Ouguela por atajos y avisaron al gobernador, que preparó con tiempo la defensa de la villa. El capitán Pascoal, que así se llamaba el gobernador, contaba con 45 soldados más los vecinos del pueblo. Pero entre ellos estaba Isabel del Alentejo, que peleó en las trincheras, repartió pólvora y balas y fue herida por un disparo, pero se repuso en un instante, arengó a los defensores, luchó aún con más brío y consiguió levantar el ánimo de los sitiados, que impidieron que el traidor Rodrigues dinamitara las puertas de la fortaleza y entre Isabel y los 45 soldados acabaron rechazando a los 1.200 españoles.

De aquel tiempo, quedan en pie la fortaleza y la casa del gobernador, recientemente restaurada. Y aquellas guerras se han convertido en proyectos conjuntos entre Albuquerque y Ouguela para crear un área museológica que ligue los dos castillos con senderos, investigaciones y actividades.

Nos encontramos en Ouguela con João y con Antonio Gadanha: ambos están jubilados, hablan castellano con soltura y trabajaron entre 1940 y 1970 como contrabandistas al servicio de las redes de distribución de la familia Nabeiro.

En Ouguela llegó a haber 150 habitantes. Hoy son 60. «El 90% de los varones y muchas mujeres se dedicaban al contrabando», calcula João. Él hacía la ruta de Calamonte. Tras jubilarse, actúa como intermediario para un señor de Albuquerque que alquila casas intramuros a turistas.

Antonio Gadanha Camoens es otro histórico de los tiempos del café Camelo. «Nací en Ouguela, pero pasé la Guerra Civil en Albuquerque. Allí aprendí a hablar español y allí tuve mi primera 'namorada'. En 1942 volvimos a Ouguela. Éramos 12 hermanos. Empecé trabajando en un cortijo, donde cobraba siete escudos al día más la comida, pero cada vez que iba a Badajoz, al Gurugú, llevando 30 kilos de café a costas, ganaba 200 escudos. Después hice también la ruta cafetera de Montijo».

Antonio Gadanha acabó jubilándose con el decente empleo de funcionario municipal y teniendo un hijo ejemplar: el cabo Gadanha, policía de la brigada de Tráfico de Elvas. También la vida de su 'patrón', Rui Nabeiro, acabó relacionada con la municipalidad. Fue alcalde con la dictadura de Salazar, pero no estaba demasiado bien visto por las fuerzas vivas, que consideraban un advenedizo al hijo de unos agricultores, y hubo de dejar el cargo.

Tras la Revolución de los Claveles, se convierte en uno de los líderes alentejanos del Partido Socialista Portugués. De esos años se conservan algunas fotos curiosas en las que aparece barbudo y con aura revolucionaria. Será alcalde de su pueblo desde la Revolución del 74 hasta 1985. Crea la Cooperativa Progresso, que aún funciona. En su memoria histórica están grabados los gritos de los deportados españoles durante la Guerra Civil, que eran subidos a carros en Campo Mayor para ser llevados a Badajoz. Su tío Joaquín ayudó a muchos de ellos.

Rui Nabeiro construirá una escuela para discapacitados en Campo Mayor. Hará obras sociales en las colonias portuguesas y, enamorado del fútbol, llevará el Campomaiorense a la Primera División portuguesa. También será procesado por el fisco portugués, pasando un tiempo 'refugiado' en Badajoz, pero los tribunales lusos archivan el caso.

Rui Nabeiro conoce en 1953 a Alice do Carmo Gonçalves, con la que se casa y tiene dos hijos: João Manuel, hoy 54 años, y Helena, de 51. Tienen cuatro nietos. Su hijo João Manuel es quien está cada vez más al pie del cañón de las empresas. Su último empeño es la bodega Adega Mayor, situada un paso más allá de la fábrica Delta y del

Museo del Café, en la carretera de Portalegre. La bodega ha sido construida por el prestigioso arquitecto portugués premio Pritzker, Álvaro Siza. Sus vinos ya están considerados entre los mejores de Portugal.

Otra aventura de vanguardia es el lanzamiento de la cafetera de cápsulas Delta Q, con una gama variada de cafés encapsulados y compitiendo duramente con el Nespresso promocionado por George Clooney. Hay que reconocer que se trata de un café exquisito.

João Manuel Nabeiro fue presidente del Sporting Club Campomaiorense, sucedió a su padre en la tarea política en el PSP, donde chocó con la facción de otro João Manuel, de apellido Borrega Burrica, que presidía el ayuntamiento. Lo cierto es que de estos temas nadie habla ni habla en Campo Mayor por respeto al patrón. Como escribió el Expresidente de la República, Aníbal Cavaco Silva: «En Campo Mayor hay un cierto secretismo que estalla en las Festas do Povo, nunca se sabe cuándo las calles se cubren de flores de papel que fueron hechas también en el máximo secreto».

Campo Mayor inspiró al escritor romántico inglés Walter Scott una famosa balada que comienza así: «To Campo Maior comes, he had quietly sat down» (traducción libre: A Campo Mayor llega y allí se queda apaciblemente). Al autor de «Ivanhoe» le impresionó la resistencia de los campomaiorenses en marzo de 1811: aguantaron durante 11 días el cerco de 4.000 franceses hasta que fueron liberados por las tropas inglesas de Beresford. La historia de este pueblo alentejano está hermanada con la heroicidad: en 1712 rechazaron a 90.000 soldados del general Bay, que se retiraron dejando en el campo de batalla 20.000 cadáveres, y en 1801 aguantaron un sitio francés de 18 días. Aunque lo que marcó la historia del pueblo fue la explosión de su polvorín en 1732. Un rayo fue el causante de un estallido que destruyó 836 de las 1.076 casas del pueblo, provocando 1.500 víctimas.

Para los estudiosos, Campo Mayor podría ser el Campus Major romano porque desde el pueblo se veían y ven 50 kilómetros de extensión. La leyenda sitúa sus orígenes en tres cabezas de familia que se reunieron para establecerse en un espacio abierto, diciendo: «Aquí, el Campo es Mayor». Fijaron entonces un escudo con tres cabezas, que se reproducen en el balconcillo de una casa ligada al Partido Comunista. En el pueblo hay cinco iglesias de interés, varias casas señoriales, tres museos, un castro y un castillo, que se puede visitar y cuyo entorno de casas adosadas a la muralla resulta muy interesante. Pero lo que más impresiona a los turistas es la Capilla de los Huesos. Está situada junto a la iglesia principal o matriz (1570-1646) y se trata de una macabra curiosidad levantada en 1766 en memoria de los muertos en la explosión del polvorín. Cerca de 800 cadáveres cubren las paredes y el techo. Una inscripción avisa: «Nós, ossos, que aquí estamos, pelos vossos esperamos».

Además del café y la historia, la otra seña de identidad de Campo Mayor es la Fiesta de las Flores, que atrae a miles de visitantes, llena durante días los hoteles de la Raya y consiste en un alfombrado popular de las principales calles del pueblo con flores de papel confeccionadas por los vecinos.

## Las rutas turísticas de la Peninsular War

Elvas, Estremoz, Olivenza, Campo Mayor, Badajoz... Guerras peninsulares como atractivo histórico y turístico. Queremos conocer más sobre el atractivo de esta geografía de la guerra entre los viajeros ingleses. Para ello, nos alejamos unos kilómetros de la frontera para conocer a Malcolm Jones, un inglés afincado en el pueblo extremeño de Plasenzuela. Malcolm Jones habla con dificultad el español y nosotros no hablamos inglés. La conversación, en el salón de su casa de Plasenzuela, es larga y dificultosa, pero muy interesante. Charlamos rodeados de fotos de generales ingleses, de boomerangs, de cuchillos gurkas.

Malcolm se gana la vida enseñando inglés a niños de la zona y mostrando los escenarios españoles de la Peninsular War a grupos de ingleses. En Gran Bretaña, las visitas a los campos de batalla se pusieron de moda tras la Batalla de Waterloo, en 1815. Malcolm es historiador militar británico, escritor, miembro de la Asociación de Guías de Batalla y de la Sociedad para la Investigación de la Historia del Ejército. Nació en el hospital militar de Gibraltar, donde su padre estaba destinado. Pasó la infancia en Swansea (Gales), donde están sus orígenes familiares.

-¿En su familia había militares?

-Mi padre fue policía militar 23 años. Estuvo destinado en Alemania, Inglaterra, Chipre, Gibraltar.

-¿Fue un niño marcado por el ejército?

-A lo mejor, por ser mi padre militar, veía camiones, soldados. Vivía en bases militares, jugaba con los soldados. Estudié para ser militar. Después estudié Historia. A continuación, tuve muchos trabajos. Fui jefe de tienda de bebidas, una especie de estanco. Durante la guerra Irán-Irak trabajé en Bagdad en una empresa de mantenimiento de máquinas de aire acondicionado y de calefacción en hospitales y oficinas. Pasé algún momento difícil por la guerra, pero me fui antes de la invasión americana de Irak. Luego trabajé en lo mismo en Inglaterra. En el año 2001, dejo esas empresas y me vengo a Plasenzuela. Llevaba dos años en paro en Inglaterra. Yo quería venir a España. Discutimos el tema porque mi mujer tenía trabajo allí. En 1987 había venido cinco meses en una caravana haciendo rutas, primero en los Sanfermines de Pamplona y luego para conocer los campos de batalla y los movimientos del ejército de Wellington. Me gustó esto: la naturaleza. Cuando empezamos a buscar una propiedad para comprar, descubrimos Plasenzuela. Compramos una finca pequeña primero para reformar, vivíamos en la caravana. Después compramos esta casa, la reformamos y nos vinimos a vivir aquí en 2004.

-¿Por qué le interesa la llamada Guerra Peninsular?

-Esa guerra fue hace 200 años, había muchos problemas de comunicación, era muy interesante estudiar todo esto. Es una guerra donde se presentan muchos problemas.

-¿Cree que el nombre de Guerra de la Independencia es correcto históricamente?

-En inglés es Peninsular, pero en España, de la Independencia.

-¿Para los británicos, popularmente, qué importancia tuvieron los españoles en esa guerra. O realmente, lo importante fue la participación inglesa?

-Mucha gente en Inglaterra, frecuentemente, piensa que Wellington fue el único que luchó, que los españoles lucharon poco en esa guerra. Yo me enfado porque sin la ayuda de los españoles, no hubiera sido posible hacer estas operaciones. Mis clientes creen que los españoles solo corrían huyendo. Para ellos es novedad cuando yo les explico que

es mentira, que los españoles siempre vuelven y contraatacan. A lo mejor, los franceses ganaban una batalla, pero los españoles volvían a contraatacar y a contraatacar.

-¿Qué papel desempeña el territorio de Extremadura en esa guerra?

-Extremadura es muy importante por ser frontera con Portugal. Algunos ingleses no entienden la estrategia de Wellington, pero es que él pretende dejar expedito el camino de retirada hacia Lisboa por si había problemas, entonces tenían un camino abierto de retirada hasta el puerto de Lisboa. Aquí tienen gran importancia la batalla de La Albuera, la conquista de Badajoz o la operación de Hill en Almaraz porque estratégicamente era muy importante controlar el Puerto de Miravete y el puente sobre el Tajo. Esta guerra empieza por aquí, son batallas muy importantes las de Extremadura. También Arapiles en Salamanca. Los dos puntos importantes en la frontera son Ciudad Rodrigo y Badajoz, por donde pasaban los únicos caminos útiles para los cañones y el ejército.

-Detálleme en qué consisten sus 'tours' de este año.

-El Badajoz Tour se celebrará en abril y en septiembre, sale de Gatwick y llega a Barajas. Incluye viaje en avión, seis noches, desayuno, cena con vino y café, transportes y visitas guiadas de Medellín, hotel en Don Benito, La Albuera, Badajoz y sus fortificaciones, hotel en Badajoz, Elvas y sus fuertes, museo militar y cementerio británico, Campo Mayor, Arroyomolinos de Montánchez, hotel en Trujillo, Paso de Miravete, puente de Almaraz, Monfragüe y regreso a Londres. Desde 2003 hago estos tours. Empecé con el Badajoz Tour. Al año siguiente incorporo el de Salamanca y sucesivamente, Coruña y Cádiz.

-¿Por qué es importante la batalla de Arroyomolinos?

-Es una operación diferente. En la guerra moderna hay tropas especiales que hacen ataques rápidos y duros y se retiran, pero hace 200 años eso no se hacía y Hill emplea esa táctica. Viene desde Portalegre muy deprisa con sus tropas por caminos difíciles con la lluvia, cae por sorpresa y apresa a muchos soldados, a un general y a un príncipe y los tributos que habían recogido los franceses en Cáceres. Y enseguida regresan a refugiarse en Portalegre. Hill se había enterado de que los franceses habían recogido estos tributos en Cáceres, pide permiso a Wellington que estaba en el norte, le da autorización y marcha deprisa y ataca por sorpresa.

-¿Wellington tenía mala opinión de los españoles como soldados después de la batalla de Talavera de la Reina?

-Wellington es un general con buena imagen, pero no es tan perfecto. Tenía sus días. En Talavera, el general Cuesta tenía muchas tropas y en la primera noche de la batalla, los franceses hacen fuego y la primera línea de españoles huye corriendo en desbandada, pero luego hay otras dos líneas de españoles que no huyen, no se rompe la línea. A lo mejor, corren mil españoles de 34.000, pero Wellington ve correr a mil y ya escribe que no le gusta esto, que no le gustan los españoles. Creo que exagera. De hecho, cuando Cuesta le dice que fusilen a uno de cada diez españoles como castigo, Wellington dice que no, que no hace falta. Solo ejecutan a 12.

-Cuéntenos la atroz noche del 6 de abril de 1812 y las matanzas terribles de esa noche en Badajoz. Ahí aparece un punto maldito en la historia de la ciudad, la Brecha de Trinidad, donde el 14 de agosto de 1936 volverá a producirse otro duro asalto con muchos muertos.

-Es un ataque de los ingleses sobre tres brechas que hay en los muros y bastiones de Badajoz: la brecha de Santa María, la brecha de Trinidad y una tercera entre las dos. Wellington sabe que Soult viene desde Andalucía y que es preciso atacar enseguida, no

tiene tiempo. Pero los franceses han fortificado muy bien estas brechas y el ataque es una carnicería.

-Del 1 al 6 de septiembre realiza el Cádiz Tour, que parece más folclórico e incluye espectáculo flamenco, visita a una bodega de Jerez y excursión a Gibraltar.

-Es un tour también serio, pero además de las batallas de la Barrosa y Cádiz, hacemos visitas más turísticas. Hay clientes que el marido quiere, pero la mujer, no. Entonces, con el flamenco y la bodega, la señora se inscribe también.

-¿Qué impresión se llevan sus clientes del recorrido por Extremadura?

- A cada tour vienen como máximo seis personas. Es muy sorprendente para ellos. No saben que España tenía estas montañas, este campo tan bonito. Ellos son aquí muy felices, muy contentos. La mayoría solo saben de España que hay costas.

-¿Sus clientes vienen con una idea de la Guerra Peninsular, la que les han inculcado en el colegio, y se van con otra tras escucharle a usted y hacer la visita?

-Muchos cambian de opinión, pero otros no aceptan otras posibilidades y siguen creyendo que estos españoles no, no, no bien. Por mucho que les explique no cambian de idea. Otros sí acaban teniendo otra visión de esta guerra. Es que en Inglaterra solo tienen una visión de esta guerra.

-¿Cómo era la presencia de las mujeres en el ejército?

-Venían muchas mujeres. Había tres grupos. Se sorteaba que de cada 100 oficiales, seis podían traer a sus mujeres. Otras esposas no quieren quedarse en Inglaterra y acompañan a los soldados como tejedoras, limpiadoras. Y también esposas sin boda, esposas no oficiales, pero no prostitutas. En el ejército francés, cuando descubrían a una prostituta, le cortaban la nariz. A lo mejor en plena batalla, las permitían con el jaleo, pero no las quieren cuando marchan y no hay batalla o en tiempo de paz.

-¿Y la alimentación?

-Aquí las distancias son muy grandes y con los caminos muy malos han de mover los alimentos con burros, con los que es más fácil moverse por estos caminos y montañas. Los ingleses llegaban a los pueblos extremeños y pagaban los alimentos, pero los franceses los cogen y no pagan.

-¿Se ha planteado hacer estos recorridos con españoles... y con extremeños?

-Pero yo hablo muy mal español. He encontrado españoles muy interesados, historiadores, pero quienes vienen son británicos en general y algunos americanos porque allí funcionan círculos napoleónicos, algo que en España no hay, pero a los americanos les gusta este tema de la guerra.

### **Badajoz, marcada por la frontera**

La historia árabe de Badajoz se cierra en 1230 cuando es conquistada por el rey Alfonso IX de León. Mientras fue capital de un reino taifa que se extendía desde Lisboa hasta Toledo, Badajoz conoció la sabiduría de las letras, las artes, las ciencias, la arquitectura... la paz. Después se convirtió durante siglos en el paradigma de la ciudad fronteriza, siempre aguardando el próximo sitio, la siguiente conquista, la batalla inminente, la llegada del enemigo.

Badajoz asume enseguida su cometido histórico de tapón, de freno ante los repetidos intentos portugueses de invadir Castilla. Desde siempre, los caminos de comunicación entre la Meseta y el Océano han pasado por Badajoz, a través de la depresión que va

siguiendo, más o menos, el curso del Guadiana. Badajoz es, por tanto, una plaza fuerte estratégica en el camino entre el interior de la Península y el Atlántico. Será sometida a asaltos, cercos y ataques por los portugueses con ayuda de los ingleses. Tras su fundación y su conversión en capital de un reino, será dominada por los almorávides y después conquistada por los cristianos leoneses en 1230, por los cristianos portugueses en 1386, por los franceses en 1811 y, sobre todo, será tomada dramáticamente en 1812 por los ingleses y en agosto de 1936 por las tropas franquistas del teniente coronel Yagüe.

Cuando se compara Badajoz con Mérida, Guadalupe, Cáceres, Plasencia o Trujillo siempre se le echa en cara que no cuente con tan rico patrimonio monumental como el de estas ciudades. ¿Pero cómo va a tener monumentos una ciudad cuya razón de ser era el enemigo y cuya situación vital cíclica era el bombardeo y la destrucción? Badajoz ejercía de freno que permitía a Cáceres, Trujillo, Jerez de los Caballeros o Zafra mantener su privilegiado casco urbano resplandeciente de torres, palacios e iglesias. Badajoz era la muralla, las brechas, los fuertes... Esa capital periférica y fronteriza marginada en la paz, pero centro de todo cuando sobrevenían los desastres de la guerra. La ventaja de esta situación es que, mientras Cáceres, Plasencia o Mérida sufrían periodos de decaimiento por falta de justificación histórica, Badajoz siempre ha tenido una razón de ser y una vitalidad interna.

Un pueblo que vive aguardando la próxima guerra, acaba siendo, por fuerza, peleón, inquieto y vividor para aprovechar lo que le regala la vida entre hecatombe y hecatombe, lo que le depara la paz entre los periodos de muerte y guerra. Mientras otras ciudades extremeñas parecían aguardar el maná o la providencia, Badajoz ha sabido movilizarse cuando ha creído entender que se le hurtaba lo que merecía. Ya fuera, en el siglo XIX, para conseguir una capitalidad provincial que Mérida también pretendía o para que el ferrocarril entrara en Portugal por su frontera en lugar de más al norte, por la provincia de Cáceres.

La Guerra Civil marcará tremendamente a Badajoz. La conquista de la ciudad por las tropas africanas de Yagüe se cierra con una sopesada operación de exterminio que deja cientos de muertos en las calles, las plazas y las tapias. Badajoz había tenido la desgracia de volver a ser frontera, esta vez entre el norte franquista y el sur republicano y, también, entre la España nacional y Portugal, de donde debía llegar ayuda militar y combustible para el ejército rebelde. Por estas razones estratégicas, las tropas de Franco suben de Sevilla a Madrid por Badajoz: dan un rodeo para no dejar a sus espaldas un reducto de la República.

En Badajoz, a mediados de agosto de 1936, se libra la batalla del calor. Si Stalingrado ha pasado a la historia como el lugar paradigmático de la guerra del frío y la nieve, Badajoz es el emblema de la conquista a 40 grados, bajo la justicia soleada del agosto extremeño, literalmente, a sangre, sudor y fuego. Tras la guerra, Badajoz se estanca. No entra en ningún plan industrial, pierde incluso su carácter de plaza fuerte importante y se queda sin cuarteles y regimientos. Diversas corporaciones municipales de concejales tenderos impiden el desarrollo comercial en las nuevas avenidas. Badajoz no tendrá más alicientes que el de ser una ciudad grande en el camino hacia Portugal, pero la franja fronteriza es un páramo sin desarrollo y la ciudad no disfruta de ninguna campaña de promoción industrial ni turística. Crecen los barrios periféricos sin servicios suficientes, marcados por la marginalidad, la invertebración y el desequilibrio. Pero la democracia municipal trae alcaldes nacidos en un entorno popular, que hacen una política muy



cercana al vecino, que conectan con la gente, le cogen el pulso a la ciudad y Badajoz empieza a cambiar. Curiosamente, estos alcaldes, uno del PSOE, Manolo Rojas, y el otro del PP, Miguel Celdrán, eran del mismo grupo del Carnaval, una fiesta que se ha convertido en la enseña más popular y significativa de una ciudad que renace.

Hoy, la frontera, que tantas desgracias trajo a la ciudad en el pasado, obra en su favor al desaparecer. Badajoz ha dejado de ser tapón estratégico y militar para convertirse en epicentro del eje Madrid-Lisboa con un indudable desarrollo comercial, industrial y de servicios y una importancia estratégica ya no tanto militar, cuanto de transportes y comunicaciones. De todas maneras, lo militar y lo fronterizo han dejado su impronta en una población que es más cambiante, más viva que en otras capitales extremeñas porque en las familias no existe un peso excesivo de tradiciones centenarias, sino un palpito de tolerancia y liberalidad fruto de ese carácter transeúnte y temporal de lo militar y lo fronterizo: desde el siglo XVII, llegan continuamente familias de fuera que traen ideas de fuera y a quienes les preocupa menos lo que hace su vecino porque están menos marcadas por los convencionalismos de la provincia, por los prejuicios condicionantes. El carácter previsible y estático de la estabilidad provinciana se ve contrarrestado por la precariedad, la incertidumbre y la capacidad y necesidad de arriesgar que caracterizan al transeúnte.